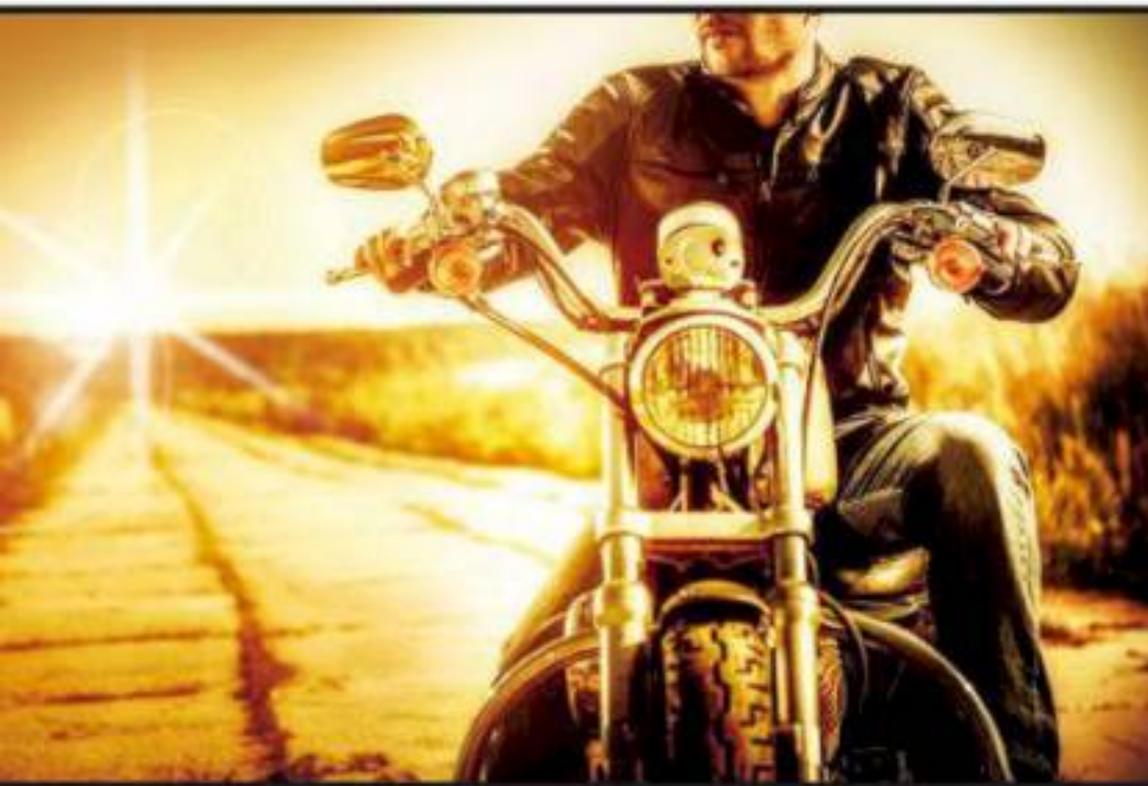


# UN ÁNGEL EN UNA HARLEY



JOAN BRADY

*Autora de Dios vuelve en una Harley*



**Joan Brady**

**UN ÁNGEL EN UNA HARLEY**

*Traducción de Manuel Manzano*

## Sinopsis

**Un Ángel en una Harley**, de **Joan Brady**, que ha escrito otras obras como *Dios vuelve en una Harley* o *Te amo, no me llames*, es una novela basada en la premisa de que los ángeles están entre nosotros y que algunos van montados en una Harley Davidson. La autora de *Dios vuelve en una Harley* nos sorprende con una nueva aventura, narrada en un estilo similar al de su libro más conocido. Joan Brady sabe cómo conectar con los lectores y en especial con las lectoras con sus personajes cercanos y creíbles. Para escribir *Un ángel en una Harley* ha recurrido a sus recuerdos como enfermera itinerante, etapa durante la cual recorrió Estados Unidos para trabajar en hospitales y centros de atención médica. *Dios vuelve en una Harley* es un clásico y un long seller dentro de la literatura de autoayuda.

Cautelosa y conservadora, Molly Driscoll sigue trabajando en el mismo hospital en el que completó su formación como enfermera hace más de una década. Cuando a su ex marido, Jason, le diagnostican un cáncer, Molly le propone un trato: si él acepta someterse a una quimioterapia, ella hará un cambio radical en su propia vida.

Él acepta, y Molly abandona el trabajo, cambia su coche por una motocicleta Harley Davidson y se convierte en «enfermera itinerante». A lo largo del camino, Molly se enfrentará a difíciles pruebas, vivirá momentos extraños y tiernos con sus pacientes, se topará con un posible acosador y conocerá a un compañero muy peculiar. Ralph es, como ella, un enfermero itinerante y un fan de la moto americana por excelencia. Pero, además, asegura ser un ángel.

Título original: *An Angel on a Harley*

Traducción: Manuel Manzano

1.ª edición: septiembre 2013

© 2013 by Joan Brady

© Ediciones B, S. A., 2013

para el sello Vergara

Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Depósito legal: B. 21.262—2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-573-4

*Para Munki... mi ?ngel particular*

## 1

Estoy de pie frente al deslucido espejo del vestuario de las enfermeras, tratando de dominar mi cabello castaño claro y recogerlo en algo parecido a un moño digno. Detesto que se rebele contra mí al igual que mis obstinados pacientes aquejados de demencia senil, que no se dan cuenta de que solo trato de ayudarlos. No me vería en esta situación, me digo, si hubiera tenido suficientes agallas para decir «no» cuando los de Recursos Humanos me pidieron que diera una charla a los estudiantes de enfermería sobre los principios básicos de la tracción ortopédica.

Sinceramente, parece que al aceptar la promoción a enfermera jefe del Servicio de Traumatología del hospital esperaba hacer de todo menos atender a los pacientes, lo que, irónicamente, es la principal razón por la que me metí en esto de la enfermería.

A sabiendas de que estoy hecha polvo —algo que siempre se me ha dado muy bien, por cierto—, abro la puerta del departamento de Ortopedia, mientras unos mechones rebeldes sobresalen de mi cabeza como una especie de aureola electrificada. De repente, resoplo ante la visión inesperada de Jason Driscoll, mi ex marido, de pie frente a mí, con una expresión extrañamente hosca en su bello rostro.

Incluso después del insoportable dolor que me provocó nuestro divorcio, este hombre todavía ejerce en mí un efecto sorprendentemente poderoso.

—Mi vida se ha acabado, Molly —me anuncia sin vacilar, y lo único que pienso es que Jason Driscoll puede ser muchas cosas, pero nunca melodramático. Mi ex marido es un hombre de pocas palabras, que conste, y aunque hace seis meses que hemos dejado de convivir, sigo sabiendo cuándo está a punto de revelarme algo que me va a doler escuchar.

Me recorre un escalofrío que me deja sin palabras y me devuelve a la situación anterior, en la que domesticar mi pelo rebelde era mi mayor preocupación.

—Acabo de hacerme una tomografía computarizada de urgencia —me informa sin ambages, y antes de tener tiempo de prepararme contra la inminente onda expansiva, añado algo impensable—: Tengo cáncer de páncreas, Molly. El doctor Hughes acaba de confirmármelo.

En ese instante mi mundo, tal como lo conocía, se altera irrevocablemente, y ya no existe la menor posibilidad de devolverlo a su estado anterior.

—¿Qué? ¿Cómo...? ¿Estás... estás seguro? —balbuceo, buscando en vano alguna respuesta profesionalmente positiva.

—Es así, Molly —confirma Jason—. Mi vida se ha acabado, y he pensado que deberías saberlo por mí antes de que alguien te lo dijera en el hospital.

Soy incapaz de articular palabra, y sin embargo mi mente no puede permanecer callada.

—No, Jason —digo por fin—. No puede ser tan simple y descarnado como eso. Tiene que haber otras opciones...

Me interrumpe con un gruñido de desdén.

—Sí, la quimioterapia. —Resopla, y reconozco una mirada de rechazo obstinado en su rostro.

La reconozco, pero eso no impide que insista.

—¿No vas a pedir una segunda opinión? —pregunto en tono de súplica.

—La del doctor Hughes es la cuarta —responde con una expresión de estoicismo desarmante.

—Bien. De acuerdo. La quimioterapia es una opción viable...

—No para mí —me interrumpe de nuevo con convicción inapelable.

—Por favor, Jason —le imploro—. Estamos hablando de tu vida. ¡Tienes que abrirte a todas las posibilidades de supervivencia que existan!

Metete las manos en los bolsillos de sus viejos tejanos y se encoge de hombros.

—¿Por qué? —pregunta con indiferencia.

—¿Por qué? Y ¿por qué no? —razono. Estupefacta, lo miro boquiabierta mientras reminiscencias de sentimientos lejanos emergen de lo más profundo de mí ser: este es el hombre al que una vez amé y prometí dedicarle mi vida. Ya no importan los problemas, nuestros antiguos reproches mezquinos palidecen repentinamente a la luz de semejante noticia catastrófica, y por encima de todo quiero que Jason se cure... se recupere... viva—. No pierdes nada —añado.

Él cierra los ojos, pensativo, y respira lenta y profundamente.

—No es mi estilo —responde en voz baja—. No quiero morir así.

—¿Así cómo?! —exclamo.

—Poco a poco —dice sin alterar la voz—. Débil, calvo y agotado, sin nada más que un montón de falsas esperanzas. Yo no soy así, Molly.

La resignación que delata su tono me enerva. Nunca he oído a Jason Driscoll hablar así... Nunca lo he visto renunciar o ceder ante nada, y no quiero verlo ahora.

—Jason, por favor —le ruego, sin saber qué más decir—. Por lo menos dale una oportunidad a la quimio. Puede que funcione —imploro, pero ya al decirlo sé que a él le suena a fórmula vacía, que no tiene efecto alguno sobre su impenetrable y masculina idea de cómo debe morir un hombre de verdad.

Esa misma noche, más tarde, doy vueltas y más vueltas en mi mitad de nuestro viejo colchón de matrimonio, reacia a asimilar un mundo sin la presencia física de Jason Driscoll; de hecho, incapaz de ello. La oscuridad alivia el escozor de mis ojos, que siguen ardiéndome tras horas de intensa búsqueda en internet de todo lo relacionado con el cáncer de páncreas, y de la angustia que ello comporta. De momento, nada puede aliviar mi preocupación.

A pesar de todos los consejos que la gente me ha dado específicamente sobre los ex cónyuges, cojo el teléfono y llamo al móvil de Jason.

—Por favor, Jason —empiezo antes incluso de que él murmure un soñoliento «¿Sí?».

—¿Molly? —grazna, ya consciente de la razón de mi llamada. Supongo que seis años de matrimonio le brindan esa capacidad a cualquiera—. ¿Podemos hablar de esto en otro momento? —intenta escabullirse—. Cuando esté consciente... y tal vez incluso sobrio.

—Oh, no, nada de eso, colega —digo enfadada—. No voy a dejar que pases de mí en algo tan importante como esto. —Soy dura y lo sé, pero no me importa—. ¡Dame una sola razón lógica por la que no quieras probar la quimioterapia!

Él suspira, cansado.

—Por Dios, Molly, eres implacable, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé —respondo—. No es precisamente la primera vez que me lo dices.

—Mira, Molly, estamos divorciados, ¿recuerdas? ¿Por qué no puedes aceptar mi decisión de mantenerme alejado de los tratamientos fútiles y experimentales con los que fantasean tus amigos médicos? Dejemos las cosas tal como están, ¿vale?

—¡Por qué estamos hablando de tu vida, Jason, por eso!

—¡No, de eso nada! Estamos hablando de mi muerte —responde tajante—. Si quiero dejar este mundo con mi propio pelo y una pizca de dignidad, ¿no crees que debería ser mi decisión y de nadie más?

Esas palabras tan crudas me duelen como un pinchazo en el corazón y, por una vez, no sé qué replicar.

Ante mi silencio aturdido, él se ablanda un poco.

—Escucha, Molly, tú eres la que siempre me acusaba de ser egoísta, imprudente, irresponsable...

—¿Cuándo he dicho algo así? —lo interrumpo.

—Ahora mismo. —Se echa a reír—. ¡Y cada vez que me atrevía a poner mayonesa en el bocadillo, o cuando apostaba en las carreras, o cuando trataba de convencerte de que te montarás conmigo en la Harley y recorriéramos el país sin un destino preciso, sin un mapa de carreteras, sin un jodido termómetro siquiera! ¡Y no olvidemos las veces que no me ponía el cinturón de seguridad en tu coche o no usaba el hilo dental después de cada maldita comida! ¿Sigo?

—No, por favor —musito, pero sé que ya no va a parar.

—¿Y qué hay de las innumerables veces que te rogué, que realmente te imploré, que simplemente diéramos un paseo por el barrio en mi Harley? ¡Solo una vez, Molly! Solo una maldita vez, es todo lo que te pedía, pero ni siquiera podías hacer eso por mí. Lo cierto es que nunca estuviste dispuesta a poner tu vida en mis manos, así que entenderás que no esté dispuesto a poner mi muerte en las tuyas.

Esto último me duele de verdad y se produce un incómodo silencio.

Desafortunadamente, creo que ha dado en el clavo. Tiene razón. Quiero controlarlo todo, no hay duda de ello, pero ¿qué otra cosa puede esperarse de la hija adulta de dos padres alcohólicos que pasó la mayor parte de su infancia tratando de controlar siquiera un poco el constante

caos que era su casa? Además, Jason ya lo sabía antes de casarnos. No es que yo tratara de ocultar mi necesidad de mantener cierto orden en mi vida diaria.

—¿Recuerdas cuando empezábamos a salir? —dice casi con nostalgia, pero como no estoy segura de adónde quiere llegar, no contesto—. ¿Recuerdas el día que compré mi primera Harley y conduje hasta tu casa para enseñarte lo orgulloso que estaba? ¿Te acuerdas de qué me tildaste?

—Sí —admito a regañadientes—. Futuro donante de órganos.

—Exacto. Y eso solo fue la punta del iceberg. Por el amor de Dios, Molly, tratabas de controlar todos los aspectos de mi vida. Así pues, ¿crees que podrías al menos darme un poco de libertad para decidir sobre mi despedida de este mundo?

A pesar de lo mucho que me aturde el tema que estamos discutiendo, me doy cuenta de que esta es probablemente la conversación más sincera que hemos tenido en muchos años.

—¿Tan difícil era vivir conmigo, Jason? —pregunto, con miedo de oír la respuesta.

—Sí —murmura, y ese monosílabo me atraviesa con su afilada punta.

—Tengo una idea —digo al cabo de un silencio.

—Siempre tienes alguna —murmura—. ¿De qué se trata esta vez?

—Te parecerá una locura, pero escúchame, ¿de acuerdo?

—¿No lo hago siempre? —me reta, y me siento humillada por la verdad que encierran sus palabras.

—La... quimioterapia... —Se me hace un nudo en la garganta—. Es un plan extraño y aterrador para ti, ¿no?

—Sí, lo es —gruñe.

—Y recorrer el país en moto, sin ningún destino en mente... bueno, es una idea bastante tonta para mí, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —pregunta con cautela.

—Bueno, ¿y si yo...? Quiero decir, ¿y si accediera a comprarme mi propia Harley-Davidson y recorrer el país, ya sabes, como siempre quisiste que hiciéramos? ¿Qué pasaría si estuviera dispuesta a olvidarme de mis precauciones, a dejar de lado todas mis redes de seguridad y controles y por una vez en la vida me dejara llevar?

—Estás bromeando, ¿eh? —Se ríe, incrédulo, pero ya estoy más que envalentonada.

—Jason, si yo estuviera dispuesta a hacer ese viaje espantoso y amenazador hacia lo desconocido, ¿considerarías entonces la posibilidad de hacer un viaje similar por la senda angustiante de la quimioterapia? Tal vez entre ambos podríamos demostrar que las cosas siempre pueden cambiar. ¿Qué me dices?

Un profundo silencio se cierne sobre ambos y, por un momento, me pregunto si se ha cortado la llamada. Pero entonces detecto un ruido peculiar, un sonido que no logro determinar.

Y un segundo después caigo en la cuenta de que al otro lado de la línea mi ex marido solloza calladamente.

